Su vida está en
tus manos...
... Mi querida
lectora
MAÑANA
PODRÍA SER
UN GRAN DÍA
RUBÉN AÍDO CHERBUY

“MAÑANA PODRÍA SER UN GRAN DÍA”

RUBÉN AÍDO CHERBUY

Rubén AC nació hace 23 años en Cádiz (España). Actualmente vive En Chiclana de la frontera, alejado de las ciudades. Allí se inspira para crear sus historias. "Mañana podría ser un gran día" es su segunda novela, primera en ser editada y comercializada.

RUBÉN AÍDO CHERBUY
SEGUNDA EDICIÓN JULIO 2013
(1 EDICIÓN MAYO2013)
PORTADA EDITADA POR EL AUTOR
(IMAGEN ORIGINAL de http://www.depositphotos.com)
OBRA PROTEGIDA CON DERECHOS DE AUTOR ©
(REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, CÁDIZ)

De la rivalidad no puede salir nada hermoso,

y del orgullo, nada noble.

John Ruskin

Capítulo 1

Hay personas que jamás tendrán el valor de enfrentarse a quienes piensan, que para triunfar, se debe mirar únicamente por uno mismo. Y aunque ese pensamiento tenga un alto porcentaje de veracidad, nada lo justifica. Otras personas, deciden esperar su oportunidad de tal forma, que cuando surja, no necesiten perjudicar a nadie, sino valerse de sus propias cualidades para avanzar en aquello que se propongan. Por desgracia, a esas personas, a pesar de intentar seguir un camino moralmente correcto, les toca convivir con las consecuencias de una malsana rivalidad.

Dentro del ámbito profesional, el mundo editorial, tan exigente como cambiante, requiere tanta versatilidad y dinamismo, que poco sitio queda para ese bien tan preciado, como es el compañerismo, dando lugar a una carrera en la que nunca ganará el que no meta codo. Lana lo tenía muy claro, y del mismo modo, comprendía y asumía cual era su papel en aquella historia, y no se veía capaz de remediarlo.

Su sueño había empezado a cumplirse. Tenía un buen empleo, a las órdenes de toda una eminencia en el mundo editorial, pero tras llegar hasta su posición, había comenzado una oscura pesadilla en la que pocas luces iluminaban su camino. Aquella oficina en la que pasaba

sus días, cada vez le resultaba más asfixiante, y su carácter retraído y distante, le había jugado malas pasadas.

Hasta tal punto sentía esa rivalidad en sus carnes, que simplemente podía respirar tranquila, con una persona entre aquellas paredes, Trevor, puesto que al igual que ella, prestaba más atención a lo que podía dar de sí para destacar que en sacar defectos y debilidades del resto.

Entre las personas que peor ambiente creaban, se encontraba Lisa, aquella chica con mirada de comadreja y de igual malicia. Ella sola se bastaba y sobraba para hacer de Lana el entretenimiento perfecto para los descansos. Ya fuera escondiendo sus cosas, avisándola de falsas llamadas o simplemente encargándose de aislarla del resto con todo un conjunto de comportamientos de lo más infantiles. Lana quería pensar que simplemente la veía con potencial y que, por ello, veía peligrar sus posibilidades de ascenso en la editorial. Quería pensarlo, pero no confiaba tanto en sí misma como para ver algo destacable en sus capacidades, ya que por desgracia, la humildad también era una de sus máximas virtudes y enemigas allí dentro, eso, y un poco de baja autoestima.

Como de costumbre, caminaba rumbo a la oficina, haciendo balance de lo acontecido la semana anterior. Se dirigía al edificio *Blue Mountain*, en el que, entre bufetes de abogados y aseguradoras, se

encontraba *Dragonfly Editorial* uno de los grupos con más crecimiento del sector.

Las calles rebosaban vida, prisas y nervios por evitar retrasarse a sus citas profesionales. Ella en cambio, siempre tenía unos minutos para tomar un café con Keith, uno de sus pilares de aguante, que solía esperarla junto a la entrada. Aquel encuentro era indispensable para soportar toda una jornada de tensión laboral. Cita a la que no acudía desde hacía semanas otro de esos pilares, la voz de la prudencia y su mejor amiga, Sara, que tras su matrimonio, se propuso aumentar la familia sin perder más tiempo del ya consumido. Sara compartía con ella más que una amistad, ya que eran compañeras de oficina.

Dejó de pensar en lo que fuera que debía haberle distraído, cuando su *Blackberry* reclamó su atención una vez más aquella mañana. Chascó la lengua intranquila, no le hizo falta mirar la pantalla para saber de quién se trataba. No quiso prestarle más atención de la que ya le había dedicado, y tras volver a guardarla en su bolso, vio frente a ella la sonrisa que nunca fallaba. «*Keith*» Pensó.

–Veo que hoy también consigo robarte una instantánea sonrisa. –bromeó elevando las cejas.

Keith era exactamente lo que toda mujer desearía tener a su lado cuando sueña durante la infancia con su príncipe azul. Un joven abogado, con mucho futuro, sentido del humor, alto y para rematar unos atrapantes ojos azules como el mismo mar del Caribe. Todo eso

tuvo que ver su esposa, Moira, ya que en menos de dos años se dieron el "sí quiero".

–Te diré el motivo. He venido todo el camino haciendo una reflexión sobre mi situación actual. Te aseguro que verte, es lo mejor que puedo esperar de un día como hoy.

–Me lo tomaré como un cumplido. ¿Entramos ya o prefieres seguir adulándome?

Le ofreció un brazo, caballeroso y ella aceptó su buen gesto ampliando la sonrisa, ya que tras ese breve momento de café entre amigos, llegaría la hora de ponerse a trabajar y perder el poco buen humor que pudiera tener.

Se sentaron en la cafetería del edificio, en la que coincidían todas las mañanas con el grueso del personal, y concretamente con los de su oficina, para compartir fingidas miradas de amabilidad y otras de superioridad mal ocultas por parte de algunos. Trevor les saludó desde algunas mesas más atrás en la que decidieron sentarse, otra sonrisa habitual.

–Que chico tan extraño. –murmuró inclinándose sobre la mesa.

–No seas malo. Es el único de toda la oficina que no desea verme caer por las escaleras. Sea raro o no, a mi me gusta. Nos defendemos mutuamente.

–Relájate, sé que es buen tipo, pero raro. –insistió.

Lana puso los ojos en blanco mientras intentaba sorber de su vaso. Removió su café con evidente desgana.

–Bueno, ¿Cómo te sientes? –preguntó Keith con extraña expectación.

Ella no supo a qué se refería exactamente. Su expresión confusa le delató.

–¡Venga ya! no me creo que no sepas que, hace 6 meses, entraste por primera vez por esa puerta.

Parecía tenerlo ensayado, desde su caída de ojos hasta el teatral tono dramático.

–Oh, ¿De veras? no lo sabía. Aún así no esperes que de saltos de alegría. Intento decidir si tomé la decisión acertada o por el contrario maldigo aquel dichoso día.

Su intento de broma enturbió la mirada de su amigo.

–No seas tan negativa, Lana. Fui yo quien te consiguió la entrevista, y créeme cuando te digo que, moví muchos hilos, convencido de que era la oportunidad que estabas esperando.

–Sí, claro. Siempre te lo agradeceré. Nota mental "no intentes hacer bromas, no es lo tuyo".

Se levantó con calma, colocándose el bolso bien sujeto.

–¿Subes ya?

–Quiero preparar algunas cosas antes de que llegue Riley.

–Iré a buscarte a la hora del almuerzo.

–Vale. Ya sabes, bastará con que busques a un corderito entre una manada de lobos.

Lana ya había comenzado a alejarse cuando Keith la sorprendió a gritos.

–¡Que tengas un buen día! y ¡Felicidades!

No puedo evitar dejar escapar una sonrisa de camino al ascensor. Debía dar gracias por tenerle trabajando a pocos metros. Sólo esperaba que él lo supiera.

Las puertas se abrieron, dando paso a una pequeña marabunta humana. Siempre pasaba al empezar la jornada de trabajo. Lana consiguió colocarse en el fondo del ascensor, ya que a su oficina, el ascensor llegaría algo más descongestionado. Debía tener capacidad para unas quince personas más o menos, pero solía soportar a algunas más.

Se quedó apretada en una esquina, y aprovechó para mirarse en el espejo que cubría la pared trasera. No podía decirse que tuviese mal aspecto, a pesar de no haber dormido suficientes horas. Tenía unas pequeñas ojeras, pero por lo demás, nadie notaría su cansancio. De camino se dio unos retoques en el pelo, que desde hacía ya varios años, llevaba corto, con un flequillo desenfadado siempre hacia un lado. Solía adornarlo con alguna horquilla o con pequeñas pasadas, para no perder el toque femenino. Si de algo podía presumir, era de tener un aspecto actual y juvenil.

También se percató de que cada día se hacía más evidente la diferencia de color entre sus ojos. Un buen día, de forma espontánea, tal y como le explicó su oftalmólogo, había adquirido heterocromía en uno de ellos, lo que se traduce en un cambio de color en el iris. En su caso, uno de ellos, de un tono verdoso de nacimiento, había comenzado a oscurecerse, hasta notarse claramente castaño. A simple vista no destacaba, pero siempre le daban escalofríos cuando se miraba desde tan cerca.

A medida que se fue vaciando el ascensor, tuvo algo más de espacio para respirar, y apreciar que compartía espacio con Lisa, la chica que conseguía hacerle temer los silencios eternos en un ascensor. Lisa era tan retorcida como influyente. Tenía ojos y oídos en todos los rincones, y era experta en convertir la moral de sus víctimas en una minúscula mota de polvo. A medida que se acercaban a su destino, quedaron solas a excepción de un señor mayor. Lisa la miró de arriba abajo, como solía hacer, sin ningún tipo de disimulo. Disfrutando de su comportamiento descarado.

–¿Zapatos nuevos? –su voz casaba a las mil maravillas con su petulante imagen.

–Sí. Hoy cumplo seis meses en la editorial, y me pareció una buena ocasión para estrenarlos. –mintió dignamente. «*Ni sabía que era tal día, ni son nuevos*» Pensó.

–Que estupenda noticia –intentó fingir entusiasmo sin mucho esfuerzo–. Supongo que ya se nos ocurrirá algo para celebrarlo. Tenemos todo el día por delante para planearlo.

En ese momento, las puertas hacia el infierno se abrieron y Lisa salió a paso veloz adentrándose en sus dominios, casi atropellando al señor que caminaba su lado.

De nuevo su teléfono emitió aquella corta melodía que llevaba escuchando desde bien temprano. Una llamada perdida más. Esta vez no se molestó en mirarlo.

–Ted… –un error del pasado que seguía muy presente.

Decidió no ocupar su mente con aquella complicada historia que no le había aportado más que dolor de cabeza. Caminó por la oficina bajo la atenta mirada de sus compañeros, la mayoría apenas la saludaban, otros iban un poco más lejos y sonreían quedamente. Solo Trevor le dedicaba unas palabras cuando pasaba junto a su mesa, siempre.

–¿Cómo se presenta la mañana? –tartamudeó.

–Como de costumbre Trevor. Aunque aún es pronto para asegurar que vaya a ser un día cualquiera. Mantengamos la esperanza.

Pudo escuchar como Lisa soltaba una especie de bufido mientras se preparaba una taza de café en la discreta pero bien equipada cocina, a pocos metros. Lana intentó que aquel gesto no le molestase, ya que la intención de Lisa era arruinarle la mañana y recordarle que, a pesar de que lo intentara, ese día no sería mejor que el resto. La única manera de pararle los pies era ignorarla y ponerse a trabajar

con la esperanza de que algún día, comprendiera que estaban allí para eso.

Pocos minutos después, su jefe, el Señor Riley, irrumpía en la oficina con su habitual paso acelerado y su traje recién planchado. Siempre con aquella imagen impoluta, la misma que se intentaba dar de la editorial: rigurosa y profesional. Al pasar a su lado, llamó su atención dando dos toques con los nudillos sobre la mesa, a lo que ella solía responder siguiéndole hasta el despacho al instante. Tras pasar por la puerta, la cerró con cuidado. Riley se sentó y esperó a que ella le imitara.

–Buenos días Lana. –esperó a que le devolviera el saludo.

–Buenos días señor.

Luego se acomodó y se puso manos a la obra.

–Bien. Como sabes, hoy tengo que reunirme con… –dudó cerrando los ojos. –el escritor alemán… el señor… –intentaba recordar el apellido sin mucho acierto, como ocurrió días atrás.

–Eisenhauer, señor, Eisenhauer.

–Eso es. El señor Eisenhauer va a reunirse hoy con nosotros para intentar llegar a un acuerdo de edición para una de sus obras. No hace falta que te recuerde que es de vital importancia conseguir que esto llegue a buen puerto, contamos con esa publicación para la campaña de otoño. Le avalan miles de ventas por toda Europa, no

puede haber ningún error de última hora. Te lo preguntaré una sola vez ¿Hay algo de lo que deba preocuparme? ¿Está todo en orden?

Riley siempre hablaba mirándola fijamente a los ojos, lo que le provocaba un inoportuno temblor de manos, y a veces iba acompañado por sudor frío. Lana se aclaró la garganta antes de contestar.

–Todo está controlado. Ayer quedó fijada la hora y él se mostró entusiasmado con la posibilidad de trabajar con nosotros.

–Perfecto, –sonrió complacido– prepara todo lo que te pedí ayer para que cuando llegue no tengamos que hacerle esperar. ¿Hablaste con recursos humanos?

Riley cambió de tema descolocándola por completo, siempre era así, una montaña rusa de preguntas.

–¿Cómo dice?

–Lana ¿Aun estás dormida? Recursos humanos… por la vacante en la sección infantil... ¿Te suena de algo?

–Oh, sí por supuesto. Discúlpeme. Los trámites siguen su curso, esta misma semana debería llegar la sustituta de Sara.

–Está bien, –se distrajo colocándose bien la corbata, gesto totalmente innecesario– avísame cuando llegue… – volvió a dudar.

–Eisenhauer. –sonrió disimuladamente.

–Lo iba a decir.

Mientras volvía a su mesa, se fijó en que gran parte de sus compañeros, estaban agrupados alrededor de la cocina. Le llegaba el

rumor de una voz que no reconocía. ¿Había olvidado alguna visita importante? No lo creía, ya que el ambiente se notaba desenfadado.

Segundos después, un conjunto de carcajadas le confirmó que no se trataba de una visita profesional.

No le prestó mucha atención a la improvisada reunión, se había acostumbrado a no formar parte.

Nada más sentarse, una lucecita roja en el teléfono le indicó que Riley la necesitaba, de nuevo. Contestó al instante.

–¿Si, señor?

–Prepárame un café. Sin leche, con dos de azúcar, por favor. –añadió para no sonar tan autoritario.

–Enseguida se lo llevo.

Siempre lo tomaba igual, pero por alguna extraña razón, cada vez que se lo pedía, volvía a insistir en sus preferencias.

Le molestaba tener que irrumpir en aquella reunión, no sería la primera vez que la acusaban de entrometerse. Cuando cruzó la barra para ir hacia la cafetera, con la jarra humeante de café recién hecho, pudo apreciar con cierta claridad, al joven que ejercía de centro de atención. Era bastante alto, y parecía estar presentándose entre bromas. Hablaba con mucha soltura, como esos humoristas que se pasan horas hablándole al público sin parar de hacerles reír, o al menos intentarlo. Aquél joven de pelo engominado y aires de donjuán, la vio pasar, y para su desgracia, su evidente pasotismo acabó llamando su atención. Algunos cuchichearon, entre los que

destacó la voz de Lisa, que parecía estar haciéndole un resumen de ella.

Sus compañeros empezaron a dispersarse, volviendo a sus puestos de trabajo, algunos de ellos por primera vez en la mañana. Él chico se acercó a Lana, con una sonrisa desfasada.

–Buenos días. –le habló en tono apagado, casi susurrando. ¿Intentaba sonar sensual? Lana no daba crédito.

–Hola.

–Tú debes de ser Lana ¿no?

–Estoy segura de que sabe la respuesta. –contestó sin apartar la vista de sus tareas.

–Eres la ayudante personal de Riley ¿No? Le conozco, sé que es un tipo difícil de contentar.

–No puedo quejarme, he trabajado en sitios peores.

Lana no llegaba a entender lo que pretendía conseguir, y mucho menos el motivo de su visita ¿Quién era?

–¿Eres el sustituto de Sara, de la sección infantil? –se le iluminó al mismo tiempo que temió una respuesta afirmativa.

–No, que va. Por ahora solo vengo de visita.

Seguía observándola mientras ella terminaba de preparar el café para su jefe, lo que estaba empezando a ponerla nerviosa.

–Dime una cosa, ¿dónde sueles ir cuándo no estás trabajando?, –susurró acercándose más a ella, colocándose a escasos centímetros de su oreja– podría darte algunos consejos para impresionar a Riley.

Estuvo a punto de resbalársele la taza al apartarse de un salto. Pudo escuchar como Lisa y otros de los presentes se reían ante aquella escena.

–Disculpe, tengo que llevarle esto a Riley.

El chico levantó las manos y retrocedió para dejarle paso.

–¿Sigue tomándolo sin leche y con dos de azúcar?

Antes de que pudiera contestarle, el teléfono de su mesa volvió a sonar, sorprendiéndola con la taza ardiente en las manos, por lo que se vio obligada a dejarla allí y correr a contestar. Si se trataba del señor Eisenhauer no podía hacerle esperar.

–¿Si?

–Lana, estoy esperando una visita familiar, ¿Sabes algo?

–No señor.

Se negaba siquiera plantearse que aquel chico tan molesto fuera la visita de Riley.

–Está bien, espero ese café.

–Sí señor.

Corrió de nuevo a por la taza, y a su lado la esperaba todavía aquel joven.

–Te importa si te sigo. Me gustaría saludar al viejo Riley.

Lana vaciló unos instantes.

–Avisare de su llegada. Le estaba esperando.

–No es necesario, te sigo, guapa.

No muy convencida, Lana aceptó su oferta y se dirigió al despacho, seguida del misterioso y cada vez más irritante joven engominado.

Dio unos toques en la puerta y la abrió. Su jefe, al ver con quién entraba se levantó de su silla abriendo los brazos.

–¡Derek! ¿Cuándo has llegado? –dijo ya abrazándole.

–Hace unos minutos, pero no quería arruinar una sorpresa.

Lana le tendió la taza, que su jefe cogió con ganas y se llevó a los labios. Antes siquiera de tragar el primer sorbo, su gesto se torció. Escupió el contenido de nuevo en la taza y miró a Lana desconcertado e incrédulo.

–Lana ¿Le has echado leche?

–No señor, solo azúcar, como siempre. –estaba comenzando a asustarse y a intuir lo ocurrido.

–Lana, soy alérgico a la lactosa. Noto cuando un café lleva leche, Créeme.

–Señor, yo… –intentó explicarse, pero Derek la interrumpió.

–Bueno, no le des la brasa a la chica. La pobre debe haberse confundido, la he visto algo atareada hace un momento, probablemente se le haya ido el santo al cielo con tanto estrés. –explicó como si realmente la hubiese visto echar la leche.

–No, yo no... –su jefe le cortó a mitad de frase.

–Lana, por Dios. Presta más atención a lo que haces. Podrías haberme hecho pasar una mala mañana. No es la primera vez que te veo despistada. ¿Hay algo que te preocupe?

Sólo con ver la cara de satisfacción de Derek, ya sentía ganas de llorar por la impotencia. Intentar aclarar que había sido otro era como tirar piedras sobre su propio tejado.

–Vuelve a tu mesa. No vaya a ser que suene el teléfono. Yo tengo asuntos que tratar con mi sobrino.

¡Su sobrino! Ahora sí que lo veía claro, no tenía ninguna posibilidad de ganar si dejaba caer que su propio sobrino había intentado envenenarle solo para divertirse un rato a costa del bicho raro de la oficina. Salió disculpándose por su falso descuido.

Al cerrar la puerta a su espalda, Lisa la observaba victoriosa desde su mesa. Atribuyéndose todo el mérito de aquella jugarreta, y no dudaba que así fuera. No podía culpar a Derek, tras imaginar cómo la habrían descrito, pensaría que le estaba dando su merecido a la chica que sobraba. De nada serviría culpar a Lisa. Allí solo existían dos versiones de la realidad, la de Lisa, por la que todos pondrían una mano en el fuego, y la suya, que salvo Trevor, nadie se interesaba por conocer.

Se sentó dejándose caer, recordando las advertencias de su querida Sara.

"Cuando me den la baja por maternidad, estarás sola, y te aseguro que será tal y como suena. Intentarán que te vayas por tu propio pie.

Si de verdad te gusta este trabajo, aguántalo todo, no les dejes ver que te afecta su comportamiento, sobre todo a Lisa, te tiene tanta envidia, te ve como lo que eres, la chica más preparada de toda la oficina. Se fuerte."

Tras aquellas palabras, no había tenido ocasión ni tiempo de hablar en persona con Sara. Tan solo mantenían contacto por teléfono, y eso, cuando llegaba a casa con ganas de charla, que no era muy a menudo.

Se secó algunas lágrimas que asomaban por las comisuras de sus ojos, y notó que de nuevo, su teléfono estaba vibrando. Ted otra vez. No contestó, y esta vez lo apagó para no volver a verse interrumpirla y pagó su mal humor con el teléfono, que mandó al fondo del bolso con energías de sobra.

Cuando ya estaba cerca la hora del almuerzo, el Señor Eisenhauer, se puso en contacto con ella. Llevaba más de una hora de retraso, y no parecía dispuesto a aparecer por allí. Tras pasarle la llamada a su jefe, le avisó de que bajaría a comer, antes de que las malas noticias le salpicaran a ella.

Para no perder tiempo, avisó a Keith de que le esperaba en la cafetería, con suerte en su mesa habitual. Antes solían comer en grupo, con Sara y Trevor, pero desde que Sara había dejado de trabajar para dedicarse plenamente a preparar el nacimiento de su

hijo, Trevor tampoco se sentaba con ellos. La teoría de Keith era que sentía algo más que un interés amistoso por Lana, y él le intimidaba. Por lo que fuese, ya se estaban acostumbrando a comer a solas, y no les había venido mal del todo, ya que así podían tocar temas más personales e íntimos, y descargar algo de estrés entre amigos.

A Keith lo conocía desde hacía casi cuatro años, y en aquel tiempo se había convertido en el mejor amigo que había tenido nunca. Prácticamente lo conocían todo el uno del otro. Por esa razón, Keith era el único capaz de apreciar sus cambios de humor.

–¿De qué se trata esta vez Lana? ¿Qué ha hecho esa maldita barbie de rostro equino?

–No creo que quieras saber toda la historia.

–Te lo estoy preguntando ¿No?

Lana tomó aire y se preparó para lo que seguro sería una sesión de terapia en toda regla.

–Verás. Esta mañana entró en la oficina un chico, todos le rodearon, riéndole las gracias, y cuando mi jefe me pidió un café, se acercó a mí y me distrajo con preguntas incómodas.

–¿A qué te refieres con "preguntas incómodas"?

–A que intentaba burlarse de mí con sus aires de Casanova. Todo ello ideado por Lisa, que seguramente le diría que la tonta de la oficina merecía una broma por llevar seis meses de infierno. –paró para darle un largo y lento sorbo a su zumo de frutas tropicales– El

hecho es que yo le preparé a mi jefe un café sin leche, como siempre, pero en un descuido, perdí de vista la taza.

–No sigas. –le pidió arrugando la nariz.

–Sólo te diré que mi jefe es alérgico a la lactosa, dato que, por cierto, desconocía.

–Dios, Lana. Eso es pasarse. ¿Qué dijiste en tu defensa?

Ella se atragantó. Como si no comprendiera que necesitara aclararlo.

–¿Que qué hice? El chico anónimo resultó ser su querido sobrino. ¿Te parece buena idea decirle que ha sido él quien ha intentado envenenarle?

–Esta vez se han pasado Lana. Déjame que hable con ese graciosillo –dijo apretando los dientes– ¿Sigue por aquí?

–No quiero que hagas nada. Sólo complicaría las cosas. No te preocupes, sé manejar este tipo de situaciones.

–Ojala lo viera tan claro como tú, porque a mí me parece que son ellas la que te maneja a ti.

Keith alargó la mano para coger la suya.

–Te preocupas demasiado, no son más que bromas de oficina, podré soportarlo.

–Lana, me siento obligado a defenderte, por mi culpa estas aquí, aguantando que te humillen día tras día.

–Keith, te agradezco mucho que seas tan atento, pero soy más fuerte de lo que crees. De verdad, estoy bien.

Keith se recostó en su asiento resoplando. Fijó su mirada en el almuerzo.

–Has vuelto a comprarte un sándwich, Moira ya no te prepara el almuerzo. ¿Otra pelea?

–Lo último no ha sido una simple pelea.

–¿Qué quieres decir?

Tardó en darle una respuesta.

–Se ha ido, con su madre. Fue hace un par de días, no me ha llamado desde entonces. Discutimos por lo de siempre, el trabajo, mi ausencia en casa, mi falta de cariño–exageró ladeando la cabeza.

–Eso no es culpa tuya, pensé que Moira entendía tu pasión por el bufete. Siempre ha sido tu sueño.

–No puedo culparla solo a ella. Desde hace unas semanas, llegar a casa era como un encarcelamiento, y estar con ella me ponía de los nervios.

–Lo siento mucho.

–Yo también. No sé cómo acabará esto.

Durante los siguientes minutos, disfrutaron de la comida en silencio, cada uno cavilando en sus propios problemas.

–¿De verdad has dicho que Lisa tiene un rostro equino?

–Calla. –contestó tirándole una servilleta hecha bola.

Cuando ya se encontraba cercano el final de la jornada, El dichoso Derek, volvió a merodear por la oficina. Ella siguió a lo suyo, no dejaría que se le notara lo herida que se sentía.

–¿Puedo hablar contigo Lana? –pregunto inocente. Tenía las manos en los bolsillos, jugueteando.

–Estoy ocupada.

–Seré breve. Dado que mi tío ha insistido mucho en que me suba a este barco, creo que es mi deber disculparme por lo de antes, ya que a partir de mañana seremos compañeros y no quiero que una broma como esa estropee nuestra posible amistad.

«*¿Es en serio? ¿Una buena amistad después de lo de esta mañana? Ahora sí que le veo la gracia*»

Lana dejó de prestarle atención al ordenador, al darse cuenta de que tendría que ver todos los días a otra persona más con una facilidad preocupante para humillarla.

–No soy rencorosa, pero desde luego no has empezado con buen pie si querías mi simpatía.

No podía creer lo que acababa de decirle sin apenas pestañear.

–Vaya, la gatita sabe enseñar sus garras. Me gusta. Ya nos veremos, Lana.

Su voz melosa le sacaba de quicio, parecía flirtear en todo momento.

Antes de marcharse, Lana volvió al despacho de Riley, con la intención de disculparse nuevamente. La puerta estaba abierta y pasó directamente.

–¿Señor? Ya me marcho.

«*Sé fuerte*»

–Le pido disculpas una vez más por lo sucedido esta mañana.

Riley, cómodamente sentado, mostraba más preocupación ahora que cuando sorbió el café con leche.

–Lana, tenemos que hablar. –dijo con un tono lúgubre.

Temiendo lo peor, sintió que el corazón le iba a salir por la boca. Por culpa de un estúpido café iba a perder su empleo, o quizás el estúpido fuera otro.

–Por favor, señor, deme otra oportunidad, no fue mi intención…–

Riley la hizo callar con gesto sereno.

–Lana, por el amor de Dios, no te despediría por echarme leche en el café, Al menos no a la primera. –consiguió que se relajara un poco.

–De verdad que no entiendo cómo pudo pasar.

–¿Cómo, no te lo ha dicho Derek? Al parecer se confundió de taza, Me ha dejado claro que no tuviste la culpa, fue él quien se quedó con el café que tú preparaste correctamente, y trajiste el suyo. Espero que no te haya amargado la mañana.

«*¿Cómo? ¿Pero qué clase de persona es ese Derek? ¿Del tipo que te fastidia para luego arrepentirse y mentir para arreglarlo?*»

–Eres la mejor de todas las que han ocupado esa mesa. Y extrañamente la única a la que llamo por el nombre correcto. Pero procura no bajar la guardia.

Lana asintió, aun sorprendida. Prefirió no abrir la boca.

–Lo que iba a decir es que el señor…

–Eisenhauer. –se apresuró para ahorrar tiempo.

–¡Ese malnacido de apellido impronunciable! –dejó salir toda la rabia contenida– Como se llame, nos ha cambiado por otra editorial.

–Lamento oír eso. «*Mentira, en estos momentos eso carece de importancia ¡No estoy despedida!*» Gritó para sus adentros.

–No más que yo. Aún tenemos mucho que aprender. No es el primero ni será el último que nos robe la competencia. Mañana tendremos que ponernos de lleno a buscar algo decente que lo sustituya. Es todo por hoy. –resopló aliviando tensión.

–Está bien señor. Repasaré las posibilidades y mañana le presentaré un informe a primera hora.

Realmente Había sido una mala noticia haber perdido al señor Eisenhauer, pero sin duda, mereció la pena, para poder escuchar aquellos cumplidos por parte de su exigente jefe. Casi le hacían olvidar al bipolar de su sobrino, otro elemento imprevisible del que preocuparse, que le recordaba a un personaje de *Sensación de vivir.*

Cumplía seis meses en la editorial, y se quedaba con aquellas palabras de su jefe, por encima de cualquier otra cosa. No sería un día inolvidable, para bien o para mal, pero sí que recordaría aquello.

Podía pensar que lo ocurrido aquel día era lo normal en su vida, pero tras volver a encender su teléfono, y ver hasta veinte llamadas

perdidas, la realidad le obligaba a cambiar de parecer, él no era tan fácil de olvidar. «*Ted… no puedo hacer nada por ti, no insistas*»

Capítulo 2

–¡Lana! Por favor, déjame entrar. –golpeaba la puerta como si no quisiera abandonar la esperanza de echarla abajo.

Lana se despertó alarmada por aquellos golpes que no cesaban, importunando no sólo su sueño, sino probablemente el de todo el bloque. Miró el despertador, eran más de las tres de la madrugada. Cogió sus pantalones y se los puso como pudo a oscuras. No podía creer que estuviera haciendo aquello, a tales horas, y probablemente borracho o algo peor.

Al llegar al comedor, lo escuchó gimotear tras la puerta. Había dejado de dar golpes, pero no se marcharía sin verla, aquello no era algo nuevo en su conducta. Se acercó a la puerta y abrió dejando la cadena echada. Lo encontró totalmente derrotado. Su ropa apestaba a alcohol a distancia y estaba sucio. Sus ojos ambarinos se clavaron en ella, suplicantes. No se lo pensó dos veces al abrir por completo la puerta, pues corría el riesgo de arrepentirse.

–Ted. Levanta, vamos.

–Por favor, no puedo seguir así. –balbuceó.

Hizo un gran esfuerzo por alzarlo. Más cerca, pudo notar que su ropa no era lo que más apestaba a alcohol. Lo llevó hasta el sofá y aguardó frente a él.

–Lana. Lo siento, siento todo esto, no sé porque he venido, sé que está mal.

–No empieces Ted. Por favor, esto no nos lleva a ninguna parte. Necesitas ayuda, y yo no puedo dártela… no puedo, lo siento. –contuvo la respiración. Un viejo truco para mantener a raya el llanto que sabía no tardaría en hacer acto de presencia. Verle así le dolía de veras.

–No hablas en serio. Sé que me quieres. Tú eres lo único que necesito, mira lo que pasa si me alejo de ti. –dijo extendiendo los brazos.

–Ted, no me eches a mí la culpa. No es justo. Sabes que he hecho mucho por ti.

–No… yo…

Ted se llevó las manos a la cara, como si de repente quisiera impedir que le viera así.

–Más de lo que jamás imaginé que pudiera soportar. –se dijo a sí misma en un susurro que él no llegaría a percibir.

–Contigo soy mejor persona, sabes que no miento. Déjame serlo. –suplicó, mientras su mirada se perdía.

–Ted, jamás hemos tenido lo que tú me pides ahora. No puedo ayudarte, de veras que no, no en este estado.

Comenzó a llorar como un niño. Lana se acercó y le abrazó sin dudarlo.

–Sé que he cometido muchos errores en mi vida, pero no quiero seguir así. Quiero ser normal… contigo.

Lana le apretó con fuerza.

–Mañana solucionaremos eso. Voy a prepararte un baño y mientras te limpias, haré algo calentito para comer. Te sentirás mejor después.

Le ayudó a levantarse de nuevo y lo guió hasta el aseo. Incluso tuvo que ayudarle a quitarse la ropa. Se sobrecogió al ver las marcas en sus brazos, demasiado recientes. Ted notó su disgusto y se le contrajo el gesto, odiaba decepcionarla.

–Lo siento mucho, lo siento. –murmuró frotándose los brazos con rabia.

–No sé cómo aún te mantienes en pie.

Llenó la bañera con agua caliente y le dejó terminar de desnudarse a solas. Nada más cerrar la puerta, se derrumbó. Se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar, silenciosamente. Las rodillas le temblaron por todo el rato que había estado conteniendo sus emociones.

Diez minutos más tarde, Ted saló del baño, enrollado en la toalla que ella le había dejado preparada. Parecía más centrado, pero en su mirada, todavía no encontraba al Ted que ella apreciaba. Tristemente, el que tenía delante era su versión más habitual.

–Tengo algo de ropa que te puede servir.

Lana bajó la mirada al pasar a su lado. Él le cogió la mano y la detuvo.

–Ted, por favor, no hagas esto.

Se soltó sin mucho esfuerzo.

–Lo siento. Estaré en el baño. –le respondió tartamudeando.

Le llevó algo de ropa que conservaba de la última vez que Keith necesitó quedarse en su casa, cuando estaba de obras en la suya. Ahora, casado, dudaba que fuera a necesitarla de nuevo.

Ted esperó sentado en el sofá a que le llevará un filete con puré de patatas, sobras del día anterior. Estaba cansada, pero dispuesta a hacer un último esfuerzo por un amigo. Quería pensar que no era capaz de mirar hacia otro lado ante la situación de Ted, pero su paciencia y comprensión estaban llegando al límite.

Él devoró la improvisada cena como si hiciera años que no degustaba comida casera, y sobre todo un plato caliente.

Lana permaneció en silencio, por una noche tendría que permitirle quedarse, pero era el último de los favores que le hacía, más de lo que él se había ganado con sus actos.

Con el plato vacio, Ted intentó tener un gesto de amabilidad y se levantó para llevar su bandeja a la cocina, pero le fallaron las fuerzas y acabó desparramando todo por el suelo.

–¡Ted!

Lana le separó de inmediato del suelo, por miedo a que hubiera roto el vaso, ya que él plato había quedado en la mesa a salvo.

–¡Yo lo haré! –le gritó zafándose de sus manos.

Le temblaba el pulso, pero consiguió levantarse con el plato y el vaso en la bandeja de nuevo.

Lana no sabía qué hacer, le asustaban aquellos arrebatos, no era capaz de predecir sus actos.

–Puedes quedarte a dormir, en el sofá. Te he preparado unas sábanas.

Ted las localizó en el sillón, bajo la ventana.

–¿Podemos hablar un rato?, no quiero estar solo.

Lana miró de reojo el reloj sobre la estantería frente a ella. Apenas dormiría 4 horas hasta que sonara el despertador.

Se levantó dispuesta a no ceder.

–Mañana tengo que trabajar Ted, no es buena idea. El mundo no se detiene por ti. Tengo responsabilidades, no puedo simplemente dejarlo todo cuando lo necesites.

Siguió recto hacia su habitación, no mantendría la compostura por mucho más, se conocía, aquel chico hispano conseguía tocarle la fibra sensible, era una debilidad. Veía en él fragilidad, una enorme falta de cariño que ella no podía solventar, ya no conseguiría nada. Al día siguiente, Ted volvería a caer, a defraudarla, y a desaparecer hasta que un resquicio de cordura hiciera acto de presencia y le recordara que ella estaría allí, hundiéndose poco a poco con él. Tenía que dejarlo atrás, ya que él no conseguiría avanzar. «*Ya no más, Ted, obtuviste todo lo que podía ofrecerte en el momento que apareciste en mi puerta esta noche… ya no más*»

Cuando sonó el despertador, no tenía la sensación de haber dormido. Caminó lentamente, con sus viejas zapatillas, aquellas que le había regalado Keith hacía años, y que no cambiaría mientras no fuera estrictamente necesario.

Al entrar en el baño, todo volvió de golpe. «*Oh Dios, Ted*»

Su ropa estaba en un rincón, hecha girones. Probablemente no se habría cambiado en días, o puede que semanas. En cuanto saliera, las arrojaría al cubo de la basura. Recordó las marcas de aguja en sus antebrazos, y sintió unas tremendas nauseas. Estaba en las últimas, no podría soportar verlo caer de nuevo, ella misma se sentía perdida cuando estaba a su lado.

Mientras se duchaba, veía ráfagas de aquellos primeros encuentros, cuando compartía su tiempo con Ted. De todos los que acudían a las reuniones en las que ella era voluntaria, Ted era el más complejo, había algo en su mirada que no podía olvidar. Se convirtió en todo un reto, necesitaba probar que todos pueden cambiar si se les da la oportunidad. Había invertido mucho dinero y tiempo en facilitarle la salida del pozo, pero justo cuando estaba a punto de alejarse, la decepcionaba de la peor forma, haciéndole sentir culpable cuando regresaba nuevamente. Ted jamás mejoraría, de la misma forma que ya no podía ir a peor.

Se preparó un desayuno exprés, silenciosamente para no despertarlo. Parecía otra persona cuando dormía, no había nada de maldad en su rostro. Se acercó sigilosa a la mesa situada frente a él, y dejó una nota, releyéndola antes de soltarla.

"Desayuna lo que quieras y tómate el tiempo que necesites. Te dejo apuntado por detrás el número de la clínica. Estoy segura de que se alegrarán de saber de ti. Es lo único que puedo ofrecerte, no puedo seguir así, tú tampoco y sabrás que tengo razón. Buena suerte"

Le quería, pero ese sentimiento estaba llegando a convertirse en simple compasión, y acabaría por odiar lo que era, lo que significaba, su fracaso. Había terminado por comprender que jamás había sentido algo tan profundo como lo que creía sentir él, y lamentaba haberle dado alguna esperanza, no era justo.

Se fue con la idea de no volverlo a ver en un tiempo, deseando de corazón que acudiera a la clínica. Estaba dispuesta a correr con los gastos necesarios para que consiguiera dejar su mala vida.

Hoy llegaría tarde, se había despistado en casa recogiendo un poco y aún tenía en la cabeza lo ocurrido de madrugada. Al poco, Keith la alcanzó colocándose a su derecha, siguiendo su acelerado ritmo.

–Hoy voy con retraso, pero veo que no soy el único que anoche no pudo pegar ojo.

Volvía a adivinar que algo le había ocurrido, y su manera sutil de sonsacárselo, para ella, ya no lo era tanto.

–¿Tienes un radar o algo, que te indica cuándo he tenido una mala noche?

–En tu caso, siempre tengo más posibilidades de acertar cuando insinúo que no has dormido bien. –admitió encogiéndose de hombros.

–Otro día cualquiera te aseguro que me reiría, pero la de ayer no fue precisamente una de esas noches en que mi mayor problema es el insomnio.

Keith la detuvo cortándole el paso.

–¿Ted? –preguntó incrédulo, molesto, y por último convencido– Ayer estabas muy pendiente del teléfono, y la verdad, siempre que te despistas con el teléfono, se trata de él. ¿Qué ha hecho esta vez?

Lana respiró hondo, y se preparó para escuchar en boca de su amigo lo poco acertada que había estado al permitir que volviera a jugar con ella, pero Keith era así de protector, y la mayoría del tiempo, lo agradecía.

–Se presentó en mi casa de madrugada, dando golpes en la puerta. Probablemente despertara a todo el edificio, no sé cómo no llamaron a la policía.

–Y le dejaste entrar. –le acusó con su mirada rapaz.

–No podía dejarlo allí fuera llorando y apestando a alcohol. Se dio una ducha, comió algo y le dejé dormir en el sofá.

–Borracho. Qué sorpresa.

La imagen de los brazos desnudos de Ted voló por su mente.

–Ojalá el alcohol fuera su único problema.

Keith la miró sin terminar de creerlo.

–¿Y le dejaste entrar así, colocado hasta las cejas? No puedes dejar que haga contigo lo que le venga en gana, te utiliza cuando está en las últimas, y cuando has dado todo cuando tienes, desaparece para repetir el proceso. –alzó la voz.

–¿Y crees que no lo sé? ¿Acaso me vez capaz de taparme los oídos e ignorar que me está llamando mientras piensa en lo horrible que es su vida? –Lana continuó su camino.

–Quizás tendría que haber llamado yo a la policía y quitarme el peso de encima –ironizó–. Te agradezco la preocupación, pero no pienses que es tan fácil como darse la vuelta en la cama. El problema no desaparece. No soy tan tonta como para dejar que siga haciéndome daño, esta ha sido la última vez, y se lo he dejado bien claro.

Keith se quedó sin palabras al ver lo acalorada que estaba volviéndose la conversación.

–Y no pienses que tú en mi lugar harías las cosas mejor, porque no tienes ni idea de lo que es estar en mi situación y mucho menos en la suya. –acabó casi gritando.

Keith no supo qué decir. Todos a su alrededor los observaban.

–No todos tenemos la suerte de contar con una estúpida pelea de recién casados como único problema. –le soltó sin filtro. Nada más decirlo se arrepintió enormemente de aquel ataque totalmente injustificado. –Lo siento, no he debido decir eso.

Lana siguió su camino, acelerando el paso, con la esperanza de dejarlo atrás. No podía creer lo que acababa de hacer en plena calle, y mucho menos habérselo hecho a Keith. Lo único por lo que podía dar gracias era por contar con su amistad, y ahora no estaba segura de poder volver a mirarlo a la cara sin avergonzarse por aquel ataque injustificado.

En ese momento, lo único en lo que se permitió pensar fue en el estado de su maquillaje, mientras las lágrimas corrían a sus anchas.

No estaba de humor para saludos, mucho menos para lidiar con la falsa cordialidad de algunos en la oficina. El retraso le había dejado sin su más que vital café de la mañana, y ni siquiera Trevor se atrevió a saludarla al verla tan ofuscada. Fue directa al servicio y procuró dejar aparcado todo aquel asunto hasta la hora del almuerzo, donde tendría que afrontar las consecuencias de su inesperado torrente de coraje enfocado hacia la persona equivocada.

Tras la necesaria visita al tocador, llegó a su mesa y comenzó a organizar la agenda del día, con la esperanza de que Riley no hubiese notado su pequeño retraso.

Se equivocaba. Antes siquiera de poder soltar el bolso, la llamo a gritos, evidentemente enfadado.

Todos la miraban curiosos. Lana se alisó la falda, innecesariamente, y entró en la boca del lobo por su propio pie.

–Lamento el retraso señor, he tenido…

–Deja de hablar. Solo han sido unos minutos, tienes que dejar de disculparte por todo, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

–Sí señor. –se sorprendió gratamente. Tomó asiento frente a él dispuesta a escuchar.

–Ayer dejamos pendiente un punto muy importante para el futuro próximo de la editorial. Perdimos la oportunidad de publicar el libro de aquel dichoso escritor alemán. –enfatizo la nacionalidad para evitar tener que mencionar su complicado apellido– Y ahora disponemos de poco tiempo para cubrir ese hueco. Así que, tal y como has sugerido en alguna ocasión, haremos uso de las propuestas editoriales que no hayan llegado para lanzar a un autor novel.

Tragó saliva antes de continuar, Lana sacó una libreta de su bolsillo, comenzaba a emocionarle la idea, tanto como se lo permitía su estado de ánimo.

–Hace algunos meses tuvimos que dejar de recibir propuestas, dado lo difícil que nos resultaba hacerles un hueco a nuevos escritores, pero en esta ocasión, delego en ti la tarea de encontrar algo interesante, fresco y de actualidad, que pueda hacernos… al menos, no perder mucho dinero en la campaña otoñal frente a la competencia.

Tras aquel discurso inspirador, Riley mostró una más que evidente decepción. Esperaba algo más de entusiasmo o agradecimiento por

su parte, ya que por fin había escuchado algo de lo que ella sugería. La había pillado por sorpresa.

–Oh! Debo decir que no me lo esperaba. Creo, señor, que es una gran idea y el mejor momento para afrontarla. Estoy segura de que contamos con muy buenas historias que necesitan ese empujoncito para entrar por la puerta grande en el mundo editorial.

–Esa es mi chica. Con esa actitud me dejas más tranquilo. Bien, siguiendo con lo nuestro, tienes cuatro días para seleccionar uno. –añadió distraído, restándole importancia al plazo.

–¿Solo cuatro días? –apenas podré analizar un par de propuestas en profundidad por día.

–Si no encuentras una obra que resalte al primer vistazo, es que no merece la pena. No podremos hacerle hueco, así que no pierdas el tiempo. Sabes lo que necesitamos, así que ve al grano.

–Sí señor. –no sonó muy convencida.

–¿Recuerdas aquel cocinero con el que trabajamos hace un par de años? –no esperó a que respondiera, dio por hecho que así era y continuó– Pues tiene listo un nuevo libro de recetas ambientadas en festividades de varias nacionalidades. Nos fue bien con su colección pasada, así que… considéralo algo con lo que cubrirte las espaldas si tu aventura por el mundo de los "invisibles" no llega a buen puerto.

–Claro, lo veo lógico, pero si pudiera darme de plazo unos días más, podría ver más propuestas y así, tendremos más posibilidades de dar con un verdadero "Bestseller"–sugirió elocuentemente.

–Ya veremos cómo avanzan las cosas, Lana. Bueno, no pierdas tiempo, tenemos mucho que hacer.

«*Tengo, mucho que hacer, para ser exactos*»

Si las circunstancias fueran otras, habría llamado corriendo a Sara para contarle lo que por fin había sucedido, pero ahora solo veía aquella oportunidad como una interminable labor que acabaría por agotarla más de lo que ya estaba.

Sin perder un segundo más, corrió a su mesa y llamó a la recepción para que avisaran a Fred, el mensajero y repartidor del correo. Él joven afroamericano se encargaría de llevarle algunas de las propuestas editoriales que tuviesen almacenadas a la espera de un momento como aquel.

Cuando Fred apareció por el pasillo, rumbo a su mesa con un carrito lleno de paquetes aún cerrados, Lana experimentó cierta emoción. Debía tener unos diez manuscritos allí, y teniendo en cuenta el tiempo límite, no le daría tiempo de leer ni la mitad de ellos.

–Que disfrutes de tu lectura ligera. –bromeó el joven dedicándole una radiante sonrisa, que mostraban sus perfectos dientes blancos.

Lana le devolvió la sonrisa a su manera.

–Bonito anillo. Muy… moderno. –Le llamó la atención el tamaño de la joya en su dedo.

Fred lucía un aro en el pulgar de la mano derecha, más parecido a una tuerca que a un anillo tradicional. Dejaba claro que era una joya masculina, ruda.

–Gracias, es un regalo, de una…amiga. –se hizo el interesante.

Fred le daba vueltas a su anillo mientras hablaba, una nueva manía que sumar a su lista, que sin duda encabezaba su peculiar sonrisa, a veces un pelín exagerada, pero eso no se lo diría.

–Podríamos formar equipo para encontrar algo "fresco, original, trepidante"… –ofreció ella efusiva.

–Veras Lana, yo reparto el correo, y sólo tengo una norma, jamás leo nada de lo que entrego. Como ves, soy todo un profesional.

Luego se alejó a toda prisa haciendo chirriar las ruedas del carro.

–Una buena norma. –susurro para sí misma.

Descartó una novela por no contar con un género acorde al sello editorial y seleccionó la primera que intentaría analizar un poco más en profundidad para hacerse una idea de lo que podía ofrecer. Se sumergió en su trabajo y dejó de pensar en la hora, el almuerzo, Ted, y sobre todo Keith, ya que si no lo hacía, seguiría sintiéndose la peor persona de la tierra y así no podía trabajar.

Las horas pasaron y Lana no quería parar hasta terminar la jornada, ni siquiera para comer, ya que no pensaba que Keith quisiera sentarse con ella tras lo ocurrido.

Estaba totalmente equivocada. Cuando todavía no habían terminado de salir todos en su oficina, le vio yendo hacia ella a contracorriente, muy decidido. Lana no sabía qué hacer, sus intenciones eran una

incógnita. Cuando llegó a su mesa, apoyó los brazos en ella y le habló aún cuando ella fingió seguir concentrada es su trabajo.

–Creo que tenemos que hablar. –su tono era autoritario, calmado.

Fingió encontrarse sorprendida e inoportunamente ocupada, para salir airosa.

–Keith, hoy no voy a poder bajar contigo. Mi jefe me ha dado mucho trabajo y una fecha límite muy ajustada.

–Puedes sacar cinco minutos para mí, creo que eso es, cuanto menos, lo que merezco. –contrarrestó eficazmente.

No estaba preparada para pedirle perdón por su reacción. Para aquellas situaciones siempre necesitaba horas y horas en las que simular la conversación en su cabeza.

Antes de que pudiera responderle, Derek se acercó con chulería y se colocó junto a ella. Keith ya lo detestaba solo por su forma de mirarla.

–Eh amigo, aquí no se te ha perdido nada, ¿No ves que está ocupada? Un hombre debería saber cuándo le están rechazando, pero hoy me pillas de buenas, te echaré una mano. Ésta es una de esas veces.

Keith comenzó a enrojecer, la vena que siempre solía aparecer en su frente cuando estaba a punto de estallar hizo acto de presencia.

–Métete en tus asuntos "amigo" –le dedicó casi sin mirarlo– Lana por favor, Baja conmigo, sólo será un momento.

Derek se acercó más a Keith, hasta que estuvieron cara a cara. Lana podía notar la tensión, y no se le ocurrió otra cosa más que levantarse y coger su bolso rápidamente.

–No pasa nada Derek, Keith es un buen amigo –se apresuró a aclarar–. Vamos Keith, hablemos en la cafetería. –le agarró del brazo y tiró para alejarlo de allí.

Keith se dejó llevar, sin apartar su amenazadora mirada de Derek, que se quedó allí plantado sonriéndole.

–Avísame si necesitas mi ayuda, los caballeros escasean.

Keith se detuvo en seco apretando los puños, lo que pareció divertir incluso más a Derek.

–Keith por favor, no le hagas caso. Vamos. –suplicó volviendo a tirar de él.

Se sentaron en su mesa habitual, pero el inquietante silencio entre ellos era algo totalmente nuevo. Lana decidió sacar un tema cualquiera, lo que fuera para distraerlo, con suerte, no sería necesario recordar lo ocurrido.

–No le hagas caso a Derek, creo que está celoso de ti, porque nos ha visto juntos. No quiero decir que esté interesado en mí, porque después de lo que me hizo ayer, difícil lo tiene si…

–Lana. –le cortó él.

–¿Qué? –acertó a decir.

–Moira me ha dejado. Ayer recibí los papeles del divorcio. Ni siquiera ha sido capaz de decírmelo en persona. Se ha acabado. –terminó abatido.

Las palabras desaparecieron de su vocabulario, lo único que alcanzaba a expresar era sorpresa con la boca tontamente desencajada.

–Keith, cuanto lo siento.

Entonces, aquellas palabras pronunciadas por despecho pesaron como piedras en su conciencia. «*Ahora sí que la he cagado, con el chico que, incomprensiblemente, nunca me ha dado la espalda. Buena jugada*» Se maldijo.

Y aún así, allí estaba, delante de ella compartiendo su dolor, yendo a buscarla incluso cuando quedaba claro que la situación tendría que haber sido al contrario.

–Soy la peor persona del mundo. –admitió.

–Se me ocurre una que compite por el puesto.

–Lo digo en serio, por lo que te solté esta mañana a gritos, y en mitad de la calle. Eres una de las personas que más me importan, y no me perdonaría echar a perder nuestra amistad. Lo siento de veras. Todo lo que dije.

–No tiene importancia. Una mala mañana. –intentó sonreír.

Verlo así, hizo que simplemente quisiera abrazarlo, y aunque no era una persona que soliese mostrar afecto, en gran parte por la timidez,

en esta ocasión merecía la pena el esfuerzo. Cambió su asiento por el de su lado e hizo lo que consideró oportuno.

Él le correspondió dejándose abrazar.

–Todos los días hay una nueva oportunidad para ser feliz ¿No? –le susurró.

–Qué optimista. No sé de dónde sacas tanta fuerza. Tendría que ser yo la que te animara.

–¿Ha ocurrido algo que no sepa? –adivinó de nuevo.

Parecía encontrarse mejor cambiando de tema. Lana comprendió que era el momento de pasar a otra cosa.

–En realidad, tendría que ser una buena noticia. Lo es. –se corrigió– Mi jefe por fin me ha dado la oportunidad de demostrar mi talento y el de las jóvenes promesas. Tengo que encontrar una buena obra para publicar en la próxima campaña, pero me ha impuesto un plazo incumplible.

–Eres la mejor en lo tuyo. Estoy seguro de que encontrarás al próximo Michael Connelly antes de lo que tú te crees.

Se animaban mutuamente, eran personas incompletas si no se sentaban a charlar unos minutos.

Lamentó haber perdido aquel preciado tiempo del almuerzo por pura vergüenza, porque estaban muy a gusto en aquel momento, haciendo planes para el fin de semana y bromeando con cualquier pequeño detalle que en realidad les preocupaba pero que de aquella forma conseguían hacerlo más pequeño todavía.

De vuelta en el ascensor, se llevó la mano al bolsillo, sacó su teléfono y recordó que estaba apagado. Al encenderlo, recibió un SMS. Era de Ted, y hacía más de dos horas que lo había enviado.

"Jamás podría encontrar palabras de agradecimiento tan hermosas como tú las mereces. Eres mi salvavidas, siempre a tiempo para librarme de morir ahogado en mi miseria. Pedirte disculpas no sirve de mucho, pero una vez más debo hacerlo. Me gustaría verte, mañana, y al día siguiente, y que estando juntos pueda olvidar el pasado. Te necesito."

Sentía un nudo en la garganta. Quería llorar, quería gritar, porque sabía que Ted estaba sufriendo, pero también que ella misma sufriría de nuevo las consecuencias de soñar con algo imposible.

Su respuesta fue breve, deseando no complicar las cosas.

"Debes superar esto solo, ya no puedo ayudarte. Puede que dentro de un tiempo volvamos a vernos. Te deseo lo mejor."

Aquella respuesta no era la que él esperaba, pero tenía la esperanza de que la comprendiera y no insistiría en perseguir un amor que en ella, no existía.

Esta vez no lo apagó, a pesar del miedo a recibir un mensaje o una llamada de Ted.

De vuelta al trabajo, para facilitar su búsqueda, organizó las propuestas con las que contaba, clasificándolas. Los temas más

actuales u originales, los autores con los que ya hubiesen contactado anteriormente y así continuar con el descarte incluso sin haber comenzado a leerlos. Por mucho que le doliera, no tenía tiempo para analizarlas todas como se merecían. Sólo las que contarán con mayor potencial tendrían esa oportunidad.

Cada cinco o diez minutos comprobaba la bandeja de entrada de su móvil, pero no recibía nada. No tenía claro si quería que Ted contestara o no.

Su jefe no la había visto moverse de la mesa desde el almuerzo, ella estaba tan sumida en su labor, que no prestaba atención a otra cosa. Ni siquiera notó que se había acercado.

–¿Todo bien, Lana? –su voz de tertuliano de radio la sobresaltó.

–Si jefe. Estoy haciendo progresos.

–Lo veo todo muy organizado. Da la impresión de que lo tienes todo bajo control. Buen trabajo. –le echó un vistazo a toda su mesa.

–Gracias señor.

–Nos vemos mañana Lana. Deberías dejarlo por hoy.

Se sorprendió al mirar la hora. Pasaban casi 20 minutos de su hora de salida habitual.

–No sabía que era tan tarde. Se me ha ido el santo al cielo. –le miró inocente.

Observó como Riley abandonaba la oficina y luego se puso en pie para estirar las piernas. Por fin había podido demostrarle que estaba

preparada para realizar tareas más comprometidas que preparar café y hacer cuadrar la agenda, ese era el camino.

Ya había oscurecido cuando decidió que era demasiado tarde como para seguir trabajando, y un factor determinante en aquella decisión era su visión borrosa, y el hambre.

Fue al servicio para refrescarse un poco antes de salir, cuando su bolsillo empezó a vibrar. Rápidamente comprobó de quién se trataba. No era Ted, pero la sorpresa fue mayor.

–Keith ¿Qué pasa?

–¿Ya estás en casa? Necesito salir de aquí, hablar con alguien, contigo en realidad. –Keith sonaba asfixiado, desesperado.

–Claro que si, te veo en veinte minutos.

Colgó enseguida. Sin duda, él ya se estaba poniendo en marcha. «*Así que ahora toca correr por un buen amigo*»

Salió de allí a la carrera, con suerte cumpliría con el margen de tiempo establecido, suerte que por aquella carretera siempre hubiese un taxi disponible.

Y hasta aquí puedo leer… Capítulo 3 "una enigmática nota como detonante" ¿Quieres saber más? Sigue leyendo.

Los hilos de ésta telaraña siguen formando una red para atrapar a Lana ¿Qué se oculta tras el silencio de Ted? ¿Qué papel juega en esta historia Derek? Todo comenzará con la llegada de un manuscrito a la editorial. ¿Quién es Dante?

"Cuando cierro los ojos, veo el horror en su máxima expresión. Dolor, desesperación… Es en la oscuridad cuando aprecio el poder de los pecados, la ira, la lujuria, la envidia... Es, en esos momentos, cuando me siento vivo, cuando mi piel se estremece, y mi corazón palpita extasiado, es cuando puedo ser yo mismo y dejarme llevar, mi querida lectora."

Aquel manuscrito ¿Qué pasaría si la macabra historia fuese real? Alguien que la conoce a la perfección juega con ella desde las sombras poniendo en peligro todo su mundo e imponiendo las reglas en un juego al que está obligada a tomar partido para no mancharse las manos con sangre inocente, sangre de seres queridos.

"Mañana podría ser un gran día" es una carrera de fondo que lleva de la mano al lector durante sus tímidos comienzos para soltarle a disfrutar y devorar la intriga y el suspense de su tramo final. Misterio, romance y acción se darán la mano hasta que Lana dé con aquel que se hace llamar Dante.

"Juguemos, mi querida lectora"

Rubén Aído Cherbuy. 2013

-Si te ha gustado o sientes curiosidad, pásate por mi web y conoce más detalles de la obra:
http://ruben-ac.wix.com/ruben-aido-cherbuy

-También puedes seguir la obra haciéndote con ella en Amazon.
http://www.amazon.es/Ma%C3%B1ana-podr%C3%ADa-ser-gran-ebook/dp/B00D3DDHYC/ref=sr_1_1?s=digital-text&ie=UTF8&qid=1369919010&sr=1-1&keywords=ma%C3%B1ana+podr%C3%ADa+ser+un+gran+d%C3%ADa